

## Llegar sin ti

Te quiero contar una historia. Bueno, en realidad, lo que te quiero contar es mi historia. Primero quiero que sepas cómo llegué a nacer; mi padre se llamaba Asher y mi madre Jessy, y ambos se conocieron de una manera no muy común. Él era un joven con problemas con las drogas debido a problemas que tuvo en su niñez, de los que mi madre no quiso contarme nada jamás. Ella era una joven altruista y solidaria que colaboraba en una asociación que trabajaba con jóvenes que tenían problemas de adicción a las drogas. Poco a poco la relación entre ellos se hizo más íntima mientras él consigue ir dejando su adicción.

Después de unos meses en los que la relación entre los dos parecía cada vez más sólida, sucedió que un día la pareja se encontró con los padres de la que iba a ser mi madre, es decir, mis futuros abuelos. Ella reaccionó alejándose de él, avergonzada, lo que provocó que Asher, mi padre, se sintiera profundamente dolido con Jessy.

La discusión que produjo esta situación entre los que serían mis dos padres derivó en una ruptura de su relación como pareja, temporal según convinieron los dos.

Aquella aparente separación se convirtió en definitiva cuando unos días después una amiga llamó a Jessy para contarle que Asher había sido encontrado muerto en su habitación por una sobredosis. La noticia impactó tan fuerte en Jessy que esta perdió el conocimiento.

Al despertar Jessy una hora después en el hospital, no solo tiene que empezar a aceptar la muerte de Asher si no que, a la vez, tiene que asumir que está embarazada.

Los meses siguientes fueron para Jessy un tiempo de lucha, primero por sentirse culpable por la muerte de Asher y segundo por decidir si seguía adelante o no con el embarazo. Esta última pelea se complicó más cuando descubrió que su embarazo era múltiple, y por lo tanto yo no venía sola y traía conmigo un hermano o hermana.

El final de esta parte de la historia ya la habréis adivinado pues si la estoy contando es porque la que iba a ser madre decidió serlo efectivamente.

Y sí, nacimos mi hermano Charles y yo, pero no crean que todo fué maravilloso. Desde que tengo memoria, mi madre y yo siempre hemos tenido muchas diferencias y continuas discusiones, especialmente en estos últimos años míos de adolescencia.

Hace aproximadamente un año de repente un virus letal se extendió por todo el mundo sin que ningún gobierno ni la comunidad científica supiera cómo pararlo, convirtiéndose en

pocas semanas en una pandemia. De un día para otro se decretó el estado de alarma y nos obligaron a confinarnos en nuestros hogares. Toda la sociedad se paralizó, a excepción de las que llamaron actividades imprescindibles: tiendas de alimentación, farmacias, hospitales...

Mi madre era enfermera en la unidad de cuidados intensivos de un hospital. Nada más comenzar el confinamiento, mi madre decidió llevarnos a casa de nuestra tía Roxy, su hermana, primero porque, según ella, iba a tener poco tiempo para cuidarnos y, segundo para evitar que nos pudiera contagiar si ella misma se contagiaba del virus en su trabajo.

Los primeros días de aquella nueva situación fueron de disimulada alegría.

— Bien — me decía a mi misma—,por fin puedo descansar de todo y especialmente de la pesada de mi madre.

Este sentimiento de euforia contenida no duró mucho. Poco a poco comencé a sentir, para mi sorpresa, que me faltaba el cariño de Jessy, mi madre, ese cariño que nunca antes parecía aceptar. Es verdad que nuestra tía Roxy nos daba todo su cariño, pero fue en aquel tiempo cuando descubrí que el cariño de una madre es tan especial que nadie lo puede sustituir. Llegué a echar tanto de menos a mi madre que no tenía ganas de nada y entre en una completa apatía. Las tareas que me podían por internet desde la escuela se me hacían una montaña y ni siquiera tenía ganas de encender el ordenador. Además pensaba constantemente lo que mi madre estaría haciendo en ese mismo momento. Me la imaginaba día y noche por salvar la vida de otras personas mientras arriesgaba la suya, como esos compañeros suyos que aparecían en los informativos de la televisión.

De vez en cuando la tía Roxy y ella hablaban. Al principio, cuando aún estaba enfadada con ella por habernos dejado con la tía Roxy, aunque me moría de ganas de hablarle, me hacía la remolona esperando que mi tía finalmente me obligara a hablar a la “fuerza” con mi madre. Era mi forma, reconozco que un poco infantil de manifestar mi enfado.

Conforme pasó el tiempo escuchaba su voz más cansada, más desgastada y desanimada. Me producía su voz la impresión de estar al límite, de no poder más. Unas semanas más tarde mi madre no habló con mi tía a la hora habitual lo que me generó una gran preocupación. Aquel día la llamada llegó más tarde y la alegría inicial de recibir su llamada enseguida desapareció al traer esta una mala noticia; en su hospital algunos enfermeros y entre ellos mi madre habían dado positivo en la prueba del virus. Aquella primera noche me sentí tan mal que no dormí prácticamente nada, pensé en todos los momentos que había vivido con mi madre y empecé a valorar lo que había hecho por mi sin darme cuenta. También descubrí, desvelada, cuántas veces le había echado la culpa de manera completamente injusta. Al día siguiente decidí que me tragaría ese horrible orgullo que me dominaba y que la llamaría todos los días.

Y no solo lo hice así, sino que le pedí disculpas por todo el daño que pudiera haberle hecho. Ella aceptó mis disculpas y a su vez me pidió perdón por no ser, según ella, una buena madre. Ese día lloramos juntas como nunca habíamos hecho. A partir de aquí, durante las siguientes dos semanas disfrutamos de conversaciones llenas de reconciliación y amor, conversaciones que ahora guardo en mi corazón como un valioso tesoro, especialmente porque mientras se producía mi madre fue empeorando un día tras otro. Finalmente llegó un día en el que la llamé, pero su teléfono sonó, sonó, sonó... Probé una y otra vez, tantas veces que me desesperé.

Al final la que recibió una llamada fue la tía Roxy. Pocos segundos de contestar a la llamada la tía Roxy comenzó a llorar, y al ver su cara y su llanto no necesité que nadie me dijera lo que había pasado. Mi madre había muerto.

Jamás en mi vida había sentido un dolor tan grande y una angustia tan profunda. No podía comprender cómo había podido pasar algo así, porque mi madre había tenido que morir precisamente ahora que habíamos empezado a entendernos mejor. Viví en este dolor y esta negación durante meses, durante los cuales me encerré en mi habitación, de la que solo salía para comer y asearme. Me sentía destrozada, apenas podía dormir y no paraba de compadecerme de mí misma..

De vez en cuando me asomaba a la ventana para distraerme. Veía pasar a muchas personas y al poco tiempo descubrí que se podían agrupar en dos tipos diferentes. Un primer grupo formado por personas que se veían cansadas y desgastadas, como lo parecía mi madre en las llamadas, y que a mi me parecían valientes y fuertes, personas que luchaban contra el virus y ayudaban a otras personas aun arriesgando sus propias vidas. Un segundo grupo de personas que se veían ociosas y relajadas, como si para ellos todo fuera igual que antes de la pandemia. Cuando identificaba a una persona de este último tipo sentía una rabia interior tan grande que muchas veces abría la ventana y les gritaba para que se fueran a su casa. No podía entender la estupidez de esas personas que buscaban su propia satisfacción, paseando por puro placer, sin darse cuenta que podían no solo contagiarse ellos sino hacer que un ser querido, o un sanitario como era mi madre, se contagiara y muriera. La mayoría de estas personas a las que gritaba no hacían ningún caso y al día siguiente volvían a pasar bajo mi ventana tranquilamente. Otras personas, las menos, daban muestra de entender mi enfado y parecían avergonzadas. Fuera como fuera, yo me sentía aliviada y desahogada porque pensaba que esta era la única manera en la que podía ayudar.

No se cuanto tiempo pasó. Pasaba los días pensando en mi madre, sin darme cuenta de las personas que tenía a mi lado, de mi tía Roxy y de mi hermano Charles, hasta que una noche

escuché sollozos procedentes de la habitación de este último. Entonces me di cuenta de lo egoísta que estaba siendo al no compartir mi sufrimiento con los que padecían por la misma razón que yo. En aquel momento salí del refugio en el que había convertido mi habitación y fui al cuarto de mi hermano, golpeé la puerta con mis nudillos, y al escuchar un quebrado y tímido “adelante” entré sin vacilar para fundirme en un largo y apretado abrazo con Charles. Desde aquel día mi hermano y yo, a veces con la participación de mi tía, recordábamos momentos felices que compartimos con mi madre. Y descubrí que era capaz de evocar muchos más recuerdos de situaciones divertidas y alegres de las que en un principio pensaba. Así, poco a poco nos recompusimos del dolor y la frustración que la inesperada muerte de nuestra madre nos había producido.

Un día las noticias informaron de que aquel virus que había matado tantísimas personas comenzaba a estar controlado, lo que traía una nueva esperanza: volver a la normalidad. Como si se pudiera volver a la “normalidad” cuando la persona que más querías en el mundo se ha quedado atrás, en ese sitio del que ya no se puede volver. Unos días más tarde también se hizo público que algunas de las vacunas que se estaban investigando ya estaban autorizadas para su uso por humanos. Enseguida se empezó a hablar de volver a la escuela y al trabajo, de abrir bares y comercios.

Parece que la situación está mejorando. Eso me hace pensar que de todo lo malo se puede salir, especialmente si todos trabajamos juntos. Este sufrimiento ha sido como un camino que nos lleva al final de algo, y en este momento creo que estamos ahí donde ese algo se hace realidad. Es tiempo de ese último esfuerzo que parece que no puedes, pero para el cual empleas tus últimas fuerzas, las que te da la esperanza de vivir. Yo ya veo el final y creo que pronto podremos llegar a él.

¿Y tú, piensas que estamos al final del camino?